

Te invitamos a leer  
las primeras páginas de este libro,  
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,  
acá podés conseguir tu ejemplar.

**COMPRAR LIBRO**

# EL NÁUFRAGO SIN ISLA





Guillermo Piro

# EL NÁUFRAGO SIN ISLA



**INTERZONA**

# INTERZONA

---

Piro, Guillermo

El náufrago sin isla / Guillermo Piro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2023.

128 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de ficciones)

ISBN 978-987-790-090-3

1. Novelas. I. Título.

CDD A863

---

© Guillermo Piro, 2023

© interZona editora, 2023  
Pasaje Rivarola 115  
(1015) Buenos Aires, Argentina  
[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)  
[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de tape e interior: Natalia Brega

Corrección de estilo: Fátima Nieves García

Imagen de tapa: Petrus Christus (1410-1475): Retrato de un cartujo (1446).

Imágenes interior: Carlo Gemmelaro, *Relazioni dei fenomeni del nuovo vulcano sorto dal mare fra la costa di Sicilia e l'isola di Pantelleria nel mese di luglio 1831*, Carmelo Pastore Impresse, Catania 1831

ISBN 978-987-790-090-3

Libro de edición argentina.

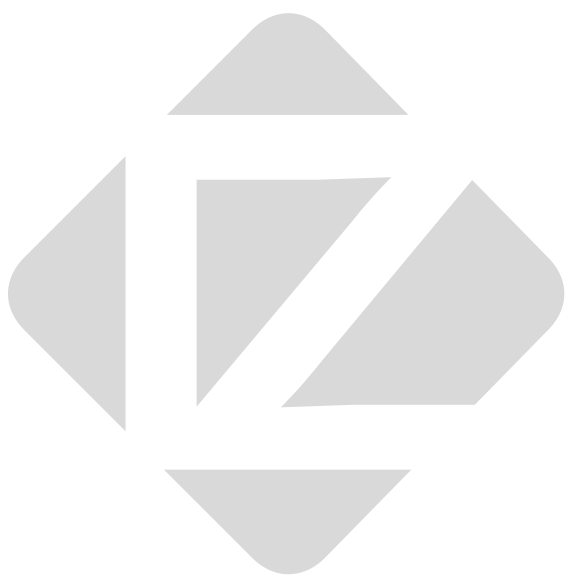
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

*Te diré que no me fatiga la tempestad, sino  
la náusea. Librame de lo que esto tenga de  
malo y socorre al náufrago que ya está a la  
vista de la tierra firme.*

Séneca





## CAPÍTULO I

En nombre de Dios y bajo su custodia y bendición tomo la pluma para rememorar los hechos que hicieron de mí, durante un tiempo prudencial, uno de los más famosos de las cortes de Europa, o al menos del Reino de Nápoles. Mis informantes han sabido dar cuenta de esta trascendencia acerca de cuya noticia no experimento la menor sorpresa, ya que sin duda la mía era una historia digna de ser contada y escuchada. De hecho, es esto lo que me lleva a empuñar la pluma, ni más ni menos que el abandono de cualquier tipo de placer a la hora de narrar una vez más mis tribulaciones y aventuras. ¿Cuántas obras dignas de la literatura universal no han tenido su simiente en un hartazgo parecido al que yo experimento? Es lugar común que, a mi llegada a una corte cualquiera, un día cualquiera, a una hora cualquiera, si a la congregación han acudido aristócratas por mí desconocidos, alguien que me conoce diga en determinado momento de la tarde o de la noche: “Nuestro redentorista tal vez desee engalanar la velada con el relato de su naufragio...”.

Por eso escribo, para ahorrarme a mí mismo mis dotes histriónicas, interpretativas y retóricas. Harto de esta historia, me dispongo a contarla, porque a fin de cuentas para eso se escribe, para que en ese lugar donde nacen, se recuerdan, se desarrollan y se terminan las historias quede lugar para el nacimiento, el recuerdo, el desarrollo y el fin de historias nuevas, que todavía no fueron creadas. Claro que en mi caso no se trata de lo que se suele llamar “creación” en sentido estricto, sino más bien de “rememoración”, todo siempre prudentemente encerrado entre comillas, que es la herramienta a la que



recurre el literato cuando no conoce a ciencia cierta el sentido de la palabra que él mismo usa, o cuando pretende dotar a esa palabra de un doble sentido, o cuando se expresa con ironía, etcétera, etc.

Pero antes de introducirnos en mis vivencias dolorosas, es menester que relate en términos someros mi vida, a fin de que se entienda qué circunstancias finalmente me llevaron al escenario de mis tribulaciones. Porque la existencia no es otra cosa que una sucesión indominada e imprevisible de decisiones que nos conducen a donde no debíamos haber ido. Por eso la muerte siempre nos toma de sorpresa: no debíamos estar allí.

Bautizado con los nombres de Salvador Jorge Armando Miguel Alfonso Santiago Luis Pablo Rosario de Liguria, fui hijo de Alberto de Liguria y Ana María Adriana Curcio. A mi nacimiento siguieron otros siete hermanos. La nuestra era una familia de la nobleza napolitana, pero como toda buena familia noble napolitana, mis padres se esforzaron siempre por no hacer alarde de nobleza. Una vez visitó nuestra casa Francisco de Jerónimo: era alto, un tanto encorvado, y al caminar movía la cabeza de arriba abajo como un negro de reloj. Al verme hizo un anuncio, junto con su bendición (la bendición fue tomada en serio por mis padres, pero el anuncio no): “Este pequeño vivirá noventa años, será obispo y hará mucho bien”.

Comencé mi formación aprendiendo idiomas en la Hermandad de la Nobleza, algo que sigo recomendando a todos los jóvenes a quienes tengo ocasión de dar algún consejo: el español, el francés, el griego y el latín me han sido de larga ayuda a lo largo de la vida. También estudié, con variado entusiasmo, geografía, literatura, matemáticas, gramática, música, arquitectura, pintura y arte. Todo ello animado por mi padre: deseaba que me convirtiera en un político exitoso.

En 1708, a la edad de 12 años, me matriculé en la Facultad de Derecho de la Universidad de Nápoles, y la misma facultad me aceptó el 19 de marzo de ese año en el Colegio de Doctores. A los 16 años (y esto significaba ya una muestra de excepcionalidad) obtuve

con notas sobresalientes el grado de doctor en Derecho Civil y en Derecho Canónico.

Como abogado tuve varios éxitos rutilantes, porque tenía la virtud de inspirar confianza en mis defendidos, persuadía con sobrada elocuencia y, cosa rara en el ambiente en que me movía, sentía un marcado desinterés por las riquezas. Pero tomé la decisión de apartarme de la profesión legal después de defender al doctor Passini contra el duque de Toscana. El mismo día en que estaba seguro de haber logrado el triunfo de mi cliente, el doctor Passini fue llevado a una de las habitaciones del duque y allí, atormentado por amenazas de las que nunca llegué a obtener detalles, fue obligado a firmar una declaración en la que aseguraba que todo había sido un malentendido y que me había equivocado. Entonces volví a mi casa, cerré la puerta y las ventanas y me dediqué a rezar y a llorar durante toda una semana, sin detenerme siquiera a ingerir alimentos, pero poniéndome de pie, cada tanto, para beber un sorbo de agua. Recién entonces comprendí que cuando Demetrio Orsini, un amigo que frecuentaba conmigo la facultad, me había asegurado que había estado durante cinco días disparando sin parar a un blanco pintado en un árbol del jardín de su casa con un revólver de chispa, consumiendo solo agua y pan con manteca, no había faltado a la verdad. Somos capaces de los más terribles pecados, los más horribles martirios y las obras más virtuosas, indistintamente. Las heridas del cuerpo curan sin dejar señales, pero las heridas del alma dejan la mente envenenada.

Luego de eso, decidí ingresar al Convento de los Lazaristas y me confirmé en la cuaresma de 1722. Eso reavivó mi fervor religioso. El 28 de agosto de 1723, mientras visitaba enfermos en el Hospital de Incurables, oí un llamado interior que me instigaba a renunciar a las posesiones materiales y seguir a Jesucristo. Esto volvió a ocurrir dos veces más, y luego otra, y a la cuarta tomé la decisión de abandonar el hospital y renunciar a mi espada de caballero frente a una imagen de María en la Iglesia de Santa María de la Redención de los Cautivos. Entonces, ante la falta de expectativas, pero sobre todo impulsado

por la instigación de aquella voz interior que me conminaba a dar un giro a mi vida, decidí convertirme en sacerdote, e ingresé como novicio en el Oratorio.

La noticia no cayó bien a mi padre, quien molesto al ver que los planes de matrimonio que había imaginado para su primogénito caían en saco roto, y debido a mi rechazo de la abogacía, que veía como una ocupación fructuosa y acorde a la tradición de las familias napolitanas de entonces, se opuso enérgicamente a mi decisión. Dos meses estuvo sin dirigirme la palabra. Durante el almuerzo y la cena miraba fijamente su plato, y cualquier pedido o comentario era dirigido a mis hermanos y a mi madre, jamás a mí. Soporté aquel menosprecio con tanta firmeza que mi padre seguramente entendió que la mía no era una determinación que estaba dispuesto a cambiar, de manera que al final me dio permiso –por escrito– para hacerme sacerdote, con la condición de que continuase viviendo en su casa, cosa que acepté de buen grado, siguiendo el consejo de mi director espiritual, que era oratoriano.

El 23 de octubre recibí el hábito clerical, y continué con mis estudios sacerdotales en la casa familiar. Supe y logré sobrellevar las miradas recelosas de los otros novicios jóvenes, que interpretaban mi ausencia de los claustros comunes como un gesto de apatía y desdén hacia ellos, pero al tiempo se convencieron de que tal cosa no obedecía a mi voluntad, sino que, por el contrario, era una prueba fehaciente de mi empecinamiento y dedicación; en suma, de mi fe. Comprendieron que a fin de cuentas no se trataba de una necesidad o una aversión que naciera de mí, sino que era lo que había logrado conciliar con mi genitor a fin de que mis propósitos se hicieran realidad. No estoy seguro, pero creo que el propio oratoriano, que se llamaba Reinaldo, fue quien intercedió para hacer entrar en sus cabales a los novicios, pero nunca tuve confirmación de eso y nunca nadie hizo un comentario al respecto.

Recibí las órdenes menores en diciembre de 1724, y el subdiaconado en septiembre de 1725. Fui ordenado diácono el 6 de abril de

1726, y poco después pronuncié, con notable éxito, mi primer sermón. El 21 de diciembre de 1726, a la edad de 30 años, fui ordenado sacerdote. Rápidamente obtuve fama en Nápoles como predicador popular. Por un total de seis años me consagré a la evangelización de Nápoles y de su región.

Viví los primeros años de mi sacerdocio con la gente sin techo y la juventud marginada de Nápoles. Fue entonces cuando fundé las Capillas del Atardecer, organizadas por los propios jóvenes. Se trataba de lugares de oración, de comunidad, de escucha de las Sagradas Escrituras, de actividades sociales y de formación. Su número ha aumentado considerablemente desde entonces, alcanzando, por lo que he llegado a saber, más de ocho mil miembros.

En 1729 emprendí un circuito misionero más amplio. En el interior del Reino de Nápoles encontré gente mucho más pobre y abandonada que los niños y jóvenes que había visto hasta entonces en las calles de la ciudad. Mi forma de predicar sencilla y directa, para que el campesino humilde pudiera comprender el mensaje, tuvo fuerte influencia moral y espiritual en mi audiencia. Dicho modo de transmitir las Sagradas Escrituras, con expresiones fáciles y apelando a conocimientos comunes, hicieron escuela, por lo que pude saber, y al día de hoy no es ninguna novedad que la palabra de Dios se transmita de ese modo.

El 9 de noviembre de 1732 fundé la Congregación del Santísimo Salvador, que comenzó a funcionar en un pequeño hospicio perteneciente a las monjas de Scala. Yo era el fundador, es decir, la cabeza del instituto, pero en un principio la dirección general fue asumida por el obispo de Trasloco. Recién a su muerte, el 20 de abril de 1743, fui elegido formalmente, y responsable a todo efecto, como superior general.

Durante todos esos años, incluso antes de que decidiera fundar la congregación, le imprimí a mi trabajo un carácter eminentemente misionero. Me dedicaba gran parte de cada año a atravesar el Reino de Nápoles llevando misiones, incluso a los pueblos más pequeños,

habitados por hombres de una tosquedad y una ignorancia que los hacía símiles a los animales, y que se hubiesen confundido con ellos si los animales hubiesen tenido la capacidad de llevar ropas.

En 1735 contaba con 39 años. A causa del destino, o tal vez por herencia, mi conformación física, a pesar de no haberme dedicado en vida mía, salvo ocasionalmente, a los trabajos del cuerpo, era de una salud y de un vigor envidiables. Los ofrecimientos del sexo opuesto se habían hecho habituales, pero como correspondía a mi función y mi compromiso, rechacé siempre y oportunamente esas ofertas, antes de que pasaran a mayores, es decir, antes de que experimentara esa tentación difícil de controlar que había experimentado en el pasado, cuando la voluntad se rinde a los placeres de la carne y la mente se nubla y vacía de todo dejo de virtud, saber y previsibilidad.

Entre las tareas de la congregación figuraba, naturalmente, la divulgación de la palabra divina, porque a veces a la vuelta de la esquina puede aparecer el monstruo inimaginable que es preciso domar presuntamente y devolver a la recta vía, pero hasta entonces había dejado que esa labor recayera en manos de los más jóvenes, tan proclives a vivir aventuras en tierras cercanas o lejanas. No sé por qué razón (aún me lo pregunto, luego de tantos años), tal vez en el intento de demostrarme algo a mí mismo y a quienes me rodeaban y obedecían, sentí que era menester aventurarme yo también a tierras desconocidas. Mi impresión era que viviendo en carne propia esa experiencia podía seguramente impartir luego consejos y métodos que enriquecerían y a la vez harían menos fatigosas las actividades de mis congregantes. Pero esa no es exactamente la razón que me llevó a aventurarme en el mar, sino la excusa. Hablo de razón y pienso en algo extremadamente más profundo y enigmático, incognoscible, supremo e impenetrable. La juventud (entonces me sentía viejo, pero estaba equivocado: era joven) me hacía acallar todos aquellos misterios bajo el manto de la solidaridad y la superioridad moral, pero a decir verdad aún hoy desconozco la razón que me llevó a moverme en aquella dirección.

No sentía temor por afrontar las inclemencias extremas, los calores abrasadores de América y África, portadores de pestes, ni los terrenos donde bestias asquerosas y venenosas deambulan a sus anchas, o los fríos inmovilizadores del norte glacial, que provocan gangrenas y amputaciones. Todo ello hasta el menos perspicaz de mis congregantes lo sabía, aunque no hubiese tenido aún oportunidad de hacerle frente, del mismo modo que se conocen los avatares y las tribulaciones desesperadas de la guerra, aunque nunca se haya participado de una. Era más bien afrontar en carne propia algo que me costaba trabajo imaginar, ya que los testimonios de los congregantes variaban desde un extremo a otro, desde la más inhumana indiferencia hasta la acogida sospechosa, desde la sordera y la cerrazón más impenetrable hasta la apertura y la conversión inmediata, sin escalas intermedias. No desconocía el papel que mi destino le tenía reservado a la suerte, que condimenta las existencias de los hombres sin importar el papel que uno le tiene asignado al condimento, como si el alimento que ingiere viniera salpimentado de manera natural, sin que dependiera de su gusto y su mano. Y por cierto obraba fuertemente en mí la curiosidad por afrontar aquellas aventuras de las que tanto había leído y oído en los informes, las cartas y las locuciones de mis congregantes. Avizoraba en ellos, en cualquier circunstancia, cierta beatitud, cierta paz de espíritu, de esa que se logra no por el simple comportamiento virtuoso, que no se desvía de la recta vía, sino, justamente, a través del desvío, del que puede percibir la presencia cercana del pecado, siente su tentación y su poder de atracción, pero logra no ceder a sus encantos y sigue su camino. Yo había sabido afrontar situaciones semejantes, pero me atraía la esperanza de lograr superarlas en medio de las más variadas inclemencias, sorteando los peligros que la naturaleza no deja de poner en el paso de los que llevan la palabra de Dios, peligros que provienen de la vía del agua, del aire y de la tierra, y que a veces suelen tener colmillos, garras y ponzoñas.

Conocía de primera mano algo de todo aquello, gracias a esporádicas visitas al África, pero nunca en total soledad, nunca dependiendo

de mis propios artilugios, recursos y talentos, siempre rodeado de cofrades dispuestos a ayudarme y obedecer solícitos a mis pedidos o, antes de poder siquiera enunciar lo que quería, a mis necesidades. Se trataba de depender de uno mismo, de afrontar las adversidades a lo sumo de a dos, que, en ciertas circunstancias, movidos y guiados por la fe, consiguen moverse como si fueran uno. Debía elegir a mi propio acompañante sin hacer ningún ofrecimiento, ya que, los conocía, eso habría generado una pequeña guerra de roces y envidias, porque absolutamente todos habrían querido acompañar al fundador de la congregación.

Dos cosas, entonces, me inquietaban: decir el quién y el adónde. En realidad me inquietaban muchas más, y en determinado momento hasta presentí que había ido demasiado lejos, y me preguntaba si no había llegado el momento justo para retroceder, pero al mismo tiempo advertía que el momento justo había pasado, que ya era tarde, que la decisión de emprender el viaje me había lanzado en una carrera en un plano inclinado que ya no podía frenar, que solo restaba encontrar el modo de llegar a destino en pleno dominio de mi voluntad, pero que si esa voluntad significaba retroceder ya había llegado demasiado lejos y no había vuelta atrás.

De modo que más valía ocuparme de todo aquello que se relacionaba con las condiciones del avance, no del retroceso. Elegir un congregante era una tarea harto difícil: todos, quien más, quien menos, gozaban de mi más inestimable respeto y admiración, por lo que presumí que tal vez mi tarea se vería facilitada si realizaba ciertos recortes aleatorios, que dependían de mi comodidad. No creía que Dios tomara eso a mal, ya que en última instancia se trataría (o, mejor dicho, tal vez se trataría) de sobrevivir en un medio adverso, lejos de casa, por lo que me convenía, para empezar, que mi acompañante no me superara en edad. Eso garantizaría que, llegado el caso, este pudiera hacer frente a ciertos esfuerzos físicos que tal vez a mí me estarían vedados. En cualquier caso, el recorte de la realidad se iba afinando: debía ser más joven que yo, pero también más fuerte.

Eso reducía notablemente la posible lista: los religiosos no se caracterizan, en general, por tener su preocupación dirigida a su propio físico. Más bien cargan con su cuerpo como si fuera una valija que es necesario mantener lo más liviana posible si uno quiere moverse por el mundo con aceitada agilidad, pero que no pasa de eso. Yo en realidad pensaba en alguien que hubiese prestado en el pasado especial atención a su construcción, de tal manera que, habiendo abandonado esas atenciones al tomar los hábitos, algo hubiese quedado, desatendido tal vez, pero latente, esperando el momento de volver a entrar en acción. Con esa prerrogativa, la primera opción que apareció literalmente ante mis ojos fue el padre Eleodoro. Y digo literalmente porque en ese preciso momento penetró mi campo de visión, llevando una gran bolsa de harina entre los brazos, como si fuera un cabritillo perdido que está a punto de reencontrar a su madre. Sin ser excesivamente obeso, no era flaco. Habían quedado atrás sus tiempos de pendenciero en las tabernas de su Parma natal (era natural de Gattatico, pero él mismo me había relatado sus escapadas a pie, acompañado de amigos, a Parma, distante apenas cinco millas y media, para beber en las tabernas, bailar con las simpáticas muchachas parmesanas y pelearse a trompadas con los parmesanos antipáticos, o tal vez simplemente celosos). Por lo que había conseguido entrever (Eleodoro nunca hablaba directamente de ello con nadie que no fuera yo, de lo que yo deducía que experimentaba cierta vergüenza, lo que a fin de cuentas de ajustaba a mis requerimientos: necesitaba una persona que hubiese hecho en el pasado algo digno de vergüenza, porque suelen ser las cosas que más avergüenzan las que pueden garantizar la subsistencia), las razones de esas disputas solían ser las parmesanas, que aceptaban piezas de baile con extraños aun cuando estuvieran acompañadas de un galán. Eleodoro, creí entender, aseguraba que las peleas eran el entretenimiento preferido de las parmesanas, y no la danza. Pero bastaba para que yo intentara obtener alguna precisión al respecto (su infancia campesina, sus años juveniles en Gattatico) para que de inmediato se levantara



entre nosotros una pared infranqueable que solo se derrumbaba cambiando de tema, o en muchos casos de lugar, ya que Eleodoro, con alguna excusa ridícula, me dejaba solo y volvía a sus apremiados quehaceres, que un instante antes no existían.

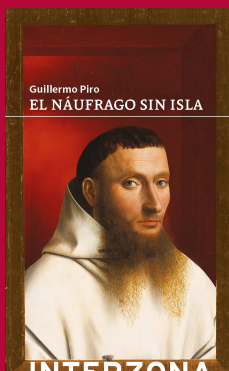
El otro candidato ideal era el padre Teófilo. Natural de Nápoles, como yo, nuestros acercamientos, cuando no estaban directamente relacionados con los quehaceres de la congregación, versaban sobre la ciudad que habíamos dejado atrás hacía tanto tiempo, lo que hacía que las conversaciones se volvieran poco a poco melancólicas y tristes, al punto que el simple hecho de verlo venir, yo lo notaba, me sumía en la más intransigente pesadumbre. Teófilo tampoco había nacido en la ciudad, sino que provenía de una familia muy pobre, sostenida por un padre carpintero e inválido que poseía un taller en Ravello. Cada vez que podía se perdía en loas hacia el duomo de su pueblo, hacia la iglesia de San Giovanni del Toro y la Terraza del Infinito de Villa Cimbrone, que se asoma al acantilado. Eludía, siempre que era posible, la Villa Rufolo, al parecer solo porque aparece en el *Decamerón* de Boccaccio. Yo desconocía las razones de tanta morigeración, ya que, por lo que alcanzaba a recordar, Boccaccio solo hacía mención a un millonario, Landolfo Rufolo, aristócrata de nacimiento y pirata por elección. Tal vez esa fuera razón suficiente para tanta retracción, pero lo cierto es que yo había tenido oportunidad de visitar, en más de una ocasión, la Villa Rufolo, que por lo que tengo entendido no existía en tiempos de Boccaccio, ya que fue mandada a construir por su familia mucho tiempo después, y la recuerdo como un lugar encantador y paradisíaco. Bajo sus ropas, Teófilo no parecía disponer de una corpulencia generosa, pero era joven y decidido, de modo que solo le jugaba en contra su creciente tendencia a la melancolía.

Sopesando pros y contras no lograba atreverme a una decisión tan trascendental, de modo que tuve una idea que no me atrevería a calificar de genial, pero que sin duda estaba directamente encaminada en la vía de la genialidad. Les propuse a Eleodoro y a Teófilo una partida de vaca, ese juego de naipes que los franceses llaman

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?  
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en [interzonaeditora.com](http://interzonaeditora.com)  
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



[COMPRAR LIBRO](#)

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

**INTERZONA**